



ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER (1).

Michol.—Abigail.

La historia de David, de ese magnífico personaje que brilla en la Historia Sagrada, está unida á la de sus esposas Michol y Abigail.

En guerra los israelitas con los filisteos, estaban á la vista los dos campos, y se sometió la victoria al resultado de una lucha individual. El gigante Goliat se presentó en nombre de los segundos, y atemorizados los israelitas del que mas parecia monstruo armado que hombre, ninguno se atrevió á hacerle frente; hasta que un hermoso jóven, pastor, de unos veinte años de edad, y sin mas armas que una honda y unas piedras, sale de entre las filas, en que le quieren contener, insulta al gigante, que se burla del mozalvete, y de que

no venia armado, y éste le contesta que no necesitaba armas para vencerle, que él emplee las suyas; y al ir uno contra otro, le arroja David una piedra, y cae aquella mole de carne humana vestida de hierro. Con la espada del herido le corta David la cabeza y la presenta al israelita, que celebra el triunfo de su causa, y aclama á David victorioso, y le aclama todo el pueblo, porque fué el vencedor.

Esto escita los celos de Saul. Habia éste prometido, entre otros premios, la mano de su hija al que matára á Goliat, y en vez de cumplir su oferta, exige al jóven heroicas pruebas peligrosas; pero triunfa de todas, y se casa.

Las nuevas victorias que consigue el jóven guerrero, alientan los mal apagados celos de Saul, quien pretende que los oficiales de su hijo Jonatás le maten; pero se niega el justo israelita á tal réproba accion, y ofrece, por el contrario, su amistad á David, quien trata de calmar la cólera de su padre; el que de nuevo intenta

(1) Véanse los números desde el 8 de setiembre último.

contra la vida de su yerno , arrojándole la lanza cuando éste tocaba el harpa con ánimo de divertirle. Clavóse el acero en la pared, y se salvó por esta segunda vez David.

Aumentada así su saña , ordena á sus guardias que vayan á casa de David y le maten. Lo sabe Michol, y le hace huir descolgándole por una ventana , y para dar mas tiempo á su huida, mete una estatua en la cama , cubriendo la cabeza con una piel de cabra. Finje que estaba enfermo , y así le salva , pues cuando al fin entraron los asesinos y vieron el engaño , David estaba ya lejos.

Fugitivo , errante, reúne seiscientos hombres , y hace con ellos la guerra á los enemigos de su nacion, huyendo de Saul, á quien pudo haber muerto mas de una vez; y al que siempre devolvía bien por mal.

El rey, llevando á todo su venganza , hace que su hija Michol se case con otro, con Phaltiel, desentendiéndose de todas las leyes.

David, que como á todos los hombres , no estaba prohibido tener mas de una esposa , se casó entonces con Abigail; pero si amaba á ésta mucho, no amaba menos á Michol, y cuando, muerto Saul, se reconcilió con el hijo de éste, que le sucediera en el trono, fué su primera condicion que le devolvieran su esposa , como así se hizo.

Michol parecía ser la buena fortuna

de David : con ella habia sido feliz ; sin ella desgraciado.

David ocupa el trono y establece su córte en Jerusalem , embelleciéndola; y lleva á ella el Arca Santa con gran pompa. David compone un cántico magnifico , y dejándose conducir por la vehemencia de sus sentimientos danza él mismo delante del Arca.

Michol, que miraba desde una ventana la marcha del cortejo , vé con disgusto los trasportes de alegría á que se abandonaba el rey, y desprecia en su corazon , lo que ella miraba como un olvido y un abatimiento de la magestad real. Cuando volvió á palacio, le dijo irónicamente.

— «¡Qué honrado se ha mostrado hoy el rey de Israel solazándose en preseneia de las mujeres de Jerusalem , y despojándose de su dignidad como un bufon! »

Estas palabras dan la mas cabal idea de su discrecion y de su talento, cualidades que supo demostrar en los posteriores consejos que diera á David, quien tuvo el sentimiento de que muriera sin dejarle posteridad.

Abigail estaba casada con Nabal, cuyo nombre significaba insensato. Su esposa, por un señalado contraste, reunia una prudencia y discrecion consumadas , y una belleza notable.

Celebraba Nabal un festin , y David , que estaba en el desierto, le demanda algunos socorros, que el opulento Nabal le niega bruscamente, olvidando los servicios que le debia.

David, lleno de cólera, jura entonces vengarse; y hubiera sido horrible la venganza, si Abigail, al saber lo ocurrido, no la evitara acudiendo con vino, doscientos panes y otras viandas, y presentándose á David, no se arrojara á sus piés y le dijera:

—«¡Señor, que la falta de mi marido caiga sobre mí. Consiente que te hable tu sierva; escúchala. No haga aprecio mi señor de ese hombre inícuo, porque Nabal es un insensato, cuyo nombre lo demuestra: yo, Señor, no ví á los criados que enviáste.»

Preséntale entonces graciosamente su ofrenda, y continúa hablándole como inspirada de Dios y anunciándole grandezas, diciéndole en conclusion.

—«Cuando el Señor te haya concedido los bienes que te ha prometido; cuando te haya hecho jefe de Israel, no tendrás lágrimas ni remordimientos de haber derramado sangre inocente y ejercido la venganza; y cuando el Señor te colme de bienes, tú recordarás á tu sierva.

Encantado David de la hermosura, de la discrecion y del talento de Abigail, la responde bendiciéndola y prometiéndola que desistiría de su proyecto.

Vuelve contenta Abigail á su casa, conseguida tan magnífica victoria, y halla á su esposo entregado á las delicias de la mesa y sumergido en la embriaguez. Comprende la discreta

Abigail que no era conveniente hablarle entonces, y al dia siguiente, cuando ya se habian disipado los vapores del vino, le dá cuenta de todo, y Nadal permanece absorto de estupor, é inmóvil como una piedra.

Diez dias despues, enferma Nabal y muere. David, á quien las leyes permitian mas de una esposa, se casa con Abigail, quien solo se prometia ya felicidades; pero la esperaban dos años de infortunios; pues siguió á su esposo, perseguido por Saul, hasta que la muerte de éste le libró de su enemigo, á quien lloró, y reinó luego sobre Israel, conservándonos la Sagrada Escritura la historia de Abigail para enseñarnos que la prudencia es un excelente tesoro, y que tiene la dulzura una fuerza maravillosa.

A. PIRALA.

LITERATURA.

Una noche antes de la boda.

Novela.—Traducción libre.

(Conclusion.)

—Pero cómo ocultar la desaparicion de aquel malvado?... y el incendio de la goleta?

—Pues no he dicho ya que la escritura de venta quedó formalmente cerrada en el despacho del escribano? Suponed que mi padre y yo aprestamos con nuestros caudales el dinero necesario para la adquisicion de la finca así que supimos la fuga del depositario. Qué le importa, pues, á la fortuna de vuestro pa-

dre el robo ni el incendio de la *Pantera*, ni?...
 —Enrique! Enrique! gritó la jóven, sin poder refrenar su admiracion, sin ser ya dueña de moderar el impulso de su gratitud, de su amor.

—Silencio, bien de mi alma, silencio. Hé aquí á tu padre que viene á interrumpirnos.

Así era en efecto: D. Mariano enteramente preocupado con sus planes de felicidad, habia medido el tiempo en razon inversa de la celeridad con que habia pasado para los afortunados jóvenes. Lleno el buen anciano de impaciencia, se dirigió al rayar el dia al aposento de su hija, y no hallándola allí, ni en ningun otro sitio, y alarmado por otra parte con el recuerdo de la desdenosa frialdad que habia notado en ella la noche anterior, calculó que nada podia hacer mejor que ponerse de acuerdo con el futuro. Con este objeto, pues, no sin haber dado antes mil vueltas por todas partes, se encaminó á la estancia de D. Enrique, y sorprendió á sus hijos en tan acorde armonía, que acaso la susceptibilidad paternal hubiera podido afectarse, si de allí á pocos momentos el párroco, el escribano y los testigos avisados con excesiva anticipacion, no hubiesen tambien madrugado á ejercer su ministerio en una solemnidad tan deseada.

—Padre mio! gritó D. Enrique, arrojándose á sus brazos, al verle entrar en el aposento. Cuántas gracias tengo que daros! Vuestra intercesion me asegura para siempre el amor de Elisa.

—Mi intercesion!

—Sin duda ninguna. El anillo....

—Ah! el anillo!

—Sí, repitió Elisa, apoyándose suavemente en el brazo de su esposo.

Gracias á los ruegos, ó sea órdenes de D. Enrique (ya se sabe que su carácter era algo dominante), jamás llegó el padre de Elisa á saber, que el sugeto en cuyo poder habia depositado sus caudales, abusó tan infuamente de su confianza. Era de notar la

honrada sencillez con que D. Mariano contestaba á los que abominaban la conducta de aquel bribon: Yo por mi parte no tengo sino motivos de alabar la escrupulosa exactitud con que desempeñó mi comision.

No nos parece fuera de propósito decir por último cuatro palabras acerca del impensado desenlace que tuvieron las desmedidas esperanzas del escribiente. Perdida ya toda la probabilidad de obtener la mano de la heredera de D. Mariano, abatió el mancebo sus vuelos, y fué otra vez á postrarse humildemente á los piés de la hija del escribano.

Esta jóven tenia un cierto primo, de origen cántabro, muy aficionado á dirigirse siempre por el camino mas breve, y de condicion tan dura como el metal en que abundan los montes de su pais nativo. Dirigíase tambien éste hácia la escribanía, contando con que la mano de su prima le conduciria por el atajo mas breve: hallábase ya á medio camino, cuando el despechado Fernando se presentó, cerrándole el paso. Aquí fué Troya; aquí fué donde se vino abajo toda la pomposa máquina en que este último fundaba sus esperanzas. Interpretando por cobardía el prudente silencio que el enamorado vizcaino solia guardar en su presencia, se resolvió á campar por su respeto, desafiándole á todo trance.

—Tú ó yo estamos de mas en el mundo, le dijo cierto dia con entonacion terriblemente trágica.

—Mundo ser grande, le respondió el fleamático rival.

—Quiero decir que es preciso que nos batamos á muerte.

—Morir tú si querer pues.

—Elige armas, sable, pistola, florete, espada....

—Yo conmigo arma llevas, respondió el vizcaino bajando á lo toro su voluminosa cabeza, y dando una no pequeña contraccion á sus puños.

Estos fueron los preliminares de una descomunal batalla, en donde Fernandito per-

dió un ojo y el gracioso perfil de su nariz, quedando por supuesto inhabilitado para aspirar en lo sucesivo no solo á la mano de alguna incauta millonaria, pero ni á la de la hija del mas prosáico memorialista.

El vizcaino marchó de frente y llegó á la cumbre de sus deseos, casándose con la prima.

El Beso.

Era un rojo clavel que entre las flores
De la fértil colina

Se alzaba erguido derramando olores
De su fresca corola purpurina;

Y érase Nidia, la gentil zagala,

La de los lábios rojos

Y blanco seno que á la nieve iguala,

Y dulces, negros y rasgados ojos.

La que á la flor hermosa

Vió en una tarde del Abril templado,

Y de sus bellas tintas envidiosa

Besó tierna su cáliz aromado.

Tembló la flor, herida

Por el beso fugaz de la pastora,

Y mística y de pesar descolorida

Sobre su tallo la encontró la aurora.

¿Acaso la dió enojos

El beso dulce de la hermosa Nidia?

Ardiendo en celos por sus lábios rojos.

El activo clavel murió de envidia.

J. A. VIEDMA.

VARIETADES.

ELEGANCIA DEL SIGLO.—APARIENCIA.

En la corte todos aparentan mas de lo que son, y pretenden llegar á lo que no pueden ser. El progreso de las luces en el siglo actual ha introducido la costumbre de que todas las clases de la sociedad adquieran el derecho de parecer iguales á su inmediata

superior, logrando la ventaja de gastar mas y ganar menos.

En Madrid todo el mundo es rico, ó parece serlo en la calle, en el baile y en el teatro; pero algunos, ó la mayor parte, compensan su aparente lujo sufriendo toda clase de privaciones respecto á las comodidades de la vida, por manera que la costumbre de parecer, segun dice Karr, es lo necesario, y el buen alimento, ó una casa bien arreglada es lo *superfluo*.

Son prácticas de esta costumbre; que el empleado con 6,000 rs. deba usar, como toda su familia, trajes iguales á los que usa el que disfruta de 60,000: que quien no viste bien para nada sirve: que el frac y el pantalón de satén, ó el vestido de chiné y la mantilla de encaje, simbolicen la buena educacion, la probidad, la moral, etc.; finalmente, que el traje sea la muestra de las personas.

Tal ó cual familia cuyas rentas nadie conoce, se cree obligada de parecer rica, no sé por qué razon, y efectivamente, viste con lujo y aparenta mucho; pero ved su mesa si podeis, y no la cubren otros manjares que pobres legumbres.

En los pueblos de provincia no sucede esto, porque allí todo el mundo sabe lo que posee su vecino en tierras ó fincas, y lo que produce á cada uno su trabajo, por manera que, allí no cabe engaño, ni el deseo de aparentar, por mas vehemente que sea, tiene cabida, porque seria acercarse al ridiculo; pero en Madrid, donde nadie se conoce, y donde á veces los mas amigos no se ven en ocho dias, todo varía; aquí hay quien come por dos reales en un oscuro bodegon, y luego se pasea por delante del café Suizo con la mayor petulancia, y el monda-dientes en la boca, haciéndose notable á los ojos de aquellos á quienes debia escitar lástima.

Como puede suponerse, el lujo que comunmente vemos, ó es totalmente fiado, ó es el resultado de artificiosos cálculos, á fin de obtener trajes que parezcan y no sean,

tal como una camisa de algodón con pechera, cuello y puños de hilo; zapatos que parecen botas, etc.

Las mujeres todas se hallan contagiadas por la epidemia de la *apariencia*, así es que ellas son las que mas lujo ostentan; lujo que si no corresponde á su posición las pone en ridículo, y aleja á todos los aspirantes á marido, asustados de un boato, que verdadero ó falso, creen imposible poder sostener con su sueldo.

El misterio que muchos guardan en Madrid, respecto á su domicilio, parece ser una consecuencia de estas razones, así es que hay multitud de elegantes que si tiene uno que reunirse á ellos á tal ó cual hora, siempre citan en la Puerta del Sol, á pretexto de que salen muy temprano de casa y vuelven tarde, no comiendo ni aun en ella, porque van á Lardy; pero si pudiéramos descubrir los nidos de estos embaucadores de la sociedad, veríamos una buhardilla amueblada con un mal jergon y peor mesa, únicos adornos que por necesidad conserva en su pobreza verdadera aquel que, gracias á lo que parece, se ha introducido en la mas elevada sociedad.

¡Oh vanidad, vanidad! ¿por qué no habia de presentarse cada cual con arreglo á sus pocas ó muchas facultades, sin engañar al mundo ni engañarse á sí propio? Si la virtud, segun el parecer de algunos moralistas, tiene su verdadero albergue en la pobreza, ¿por qué no se ha de conceder al pobre lo que es del pobre, y al rico lo que es del rico? Además, este heroico esfuerzo por parecer lo que no se es, trae consigo resultados á cual mas funestos, pues si bien dicen algunos que es ridículo aquel que no *aparenta* en la sociedad; burlándose ellos mismos del que llegan á saber lo hace, la generalidad creen evitar la burla y el ridículo haciéndose partidarios de la apariencia, y se sacrifican llevando una vida miserable en realidad, encubierta por la ficción, la mentira y la vanidad.

Estas costumbres, que indudablemente se hallan en mayor apogeo en Madrid, son la causa principal del celibato en el hombre, y de la desmoralizacion de la mujer, á quien desde niña se la acostumbra á un lujo que no corresponde por lo comun á su nacimiento, pero que juzgan los padres necesario para que su hija *aparente* una elevada cuna, y estar bien educada, puesto que la sociedad en sus erróneos juicios dice: ¡Oh, va muy elegante! debe ser rica; si es rica debe ser instruida y virtuosa, y si es instruida y virtuosa puede ser buena esposa y buena madre; pero ¡oh apariencias! no es mas que..... ¡elegante!!!

EMILIO DE TAMARIT.

Baile en el palacio de S. M. la Reina Madre. (1)

Para celebrar el cumpleaños de la Princesa de Asturias fué el que tuvo lugar en la noche del 26.

Desde las diez en adelante, las avenidas todas del palacio de S. M., y especialmente la calle de la Encarnacion, que era la que se habia designado para la entrada en la plaza, se hallaban cuajadas de carruajes. A las once y media llegó el de la Reina Isabel, que acompañada de su augusto Esposo, entró en los salones radiante de juventud y hermosura. Fué recibida por su augusta Madre y por los señores infantes, padre y hermanos del Rey, que pocos momentos antes habian llegado al baile.

S. M. la Reina vestia un rico traje de tul blanco sembrado de rosas, y llevaba adorna-

(1) La circunstancia de ser nuestro periódico semanal, hace que no hayamos podido dar al mismo tiempo que nuestros colegas diarios, la descripción de esta fiesta, que quisiéramos presentar con toda la estension que merece; pero que no lo permiten los límites del periódico. Mas ya que seamos breves, seremos mas exactos que algun diario, ya que pudimos recoger apuntes, aunque de memoria, sobre el terreno. El excelente artículo de la *España* nos ayudará para lo que olvidemos.

da tambien su cabeza de ellas, y de rica pedrería. Del mismo color y bordado era el de S. M. la reina Cristina. S. M. el Rey y S. A. el infante D. Francisco vestian frac negro, como todos los concurrentes, á escepcion de las personas que en la casa, y acompañando á la reina Isabel, se hallaban de servicio.

El aspecto que presentaban los salones era encantador, llamando estraordinariamente la atencion de los concurrentes el magnífico patio cubierto de cristalería, con sus galerías de columnas laterales. Ya celebramos, al hablar del último baile en marzo, el buen gusto con que ha solido adornarse esta preciosa pieza, pero en la noche del domingo se habia convertido verdaderamente en un delicioso vergel. La fuente del centro, de la que salian en abundancia las aguas para ir á parar á un gran pilon lleno de peces, se hallaba coronada y rodeada en la circunferencia de éste, no ya de tiestos de flores de tamaño ordinario, sino de plantas y árboles, puede decirse, que juntamente con los que en profesion ocupaban la línea que separa el patio de las galerías, formaban un bosque de verdura, que hacia olvidar á los concurrentes la estacion en que se hallaban, y los trasportaba á los suaves meses de abril y mayo.

Ha sido notable, entre todos los anteriores, este baile por la mayor riqueza en trajes y pedrerías que en él han ostentado las señoras. Entre estas se veian literalmente cuajadas de diamantes, las señoras duquesa viuda de San Carlos, marquesa de Ulagares, condesas de Toreno y de Cervellon, señoras Errazu (mejicana), Villabriga y otras.—Vestian de color de rosa con volantes ó adornos de encaje del mejor gusto, las señoras duquesas de Medinaceli y de la Fernandina, marquesa de Santa Cruz, la de Feria, las señoras de Hecken (alemana), de Pacheco y de Lopez (D. Luis).—De blanco, la marquesa de Alcañices, la condesa de Sevilla la Nueva y de Vilches, y las señoras de Sesé, Gumucio, etc., etc.—De negro, la señora de Miranda (D. Pedro). A describirlos todos, como deseá-

ramos en obsequio de nuestras suscriptoras, ocuparíamos todo nuestro Semanario.

En cuanto á caballeros, se hallaban la mayor parte de nuestros hombres políticos, y otros distinguidos en las letras y en las artes. El cuerpo diplomático estaba casi al completo.

Distingúfase en la reunion un grupo de cinco ó seis guardias marinas, que habiendo terminado en el presente mes sus estudios en San Fernando, han venido á pasar la Páscoa con sus familias y á despedirse de ellas. Condiscipulos todos y compañeros del conde de San Agustin, hijo mayor de S. M. la Reina madre, habiales éste invitado para concurrir con él la noche del domingo al baile, que tal vez sea el punto donde por última vez se hayan encontrado juntos, pues inmediatamente deben todos partir para Cádiz y otros puertos, donde les esperan los buques en que han de recorrer en breve lejanos mares, para hacer en ellos el aprendizaje práctico de su honrosa profesion.

S. M. la Reina, acompañada de su augusta Madre y de toda la Real Familia, recorrió cerca de la una todos los salones, dignándose en este paseo dirigir la palabra á muchas de las personas notables de uno y otro sexo que encontraba á su tránsito.

Entre las personas á quienes dispensó S. M. la honra de bailar con ella, recordamos al presidente del Consejo de Ministros, al general Aupick, embajador de Francia, al general Shelly, al jóven duque de San Agustin, y á otros.

La orquesta, dirigida por el señor Mollberg, siempre notable en los bailes de S. M. la Reina madre, ha acrecentado anteanoche su crédito. Compuesta de profesores distinguidos, los walses y rigodones que ejecutaba, podian oirse por el conjunto, como piezas de orquesta de primer orden. La cuadrilla de rigodones, arreglada perfectamente, con motivos de la aplaudida zarzuela el *Valle de Andorra*, gustó muchísimo. Los sonidos figurados del silbo y del tamboril, cruzando los ai-

res de un salon adornado con todo el refinamiento que proporciona una córte, y lleno de altos personajes, producía un efecto nuevo y desconocido en el teatro del *Circo*.

Las dos de la noche serian cuando SS. MM. y AA. pasaron al *buffet*, abundantemente servido en manjares y vinos esquisitos, en el que entraron luego las señoras, y por último, cerca ya de las tres, los caballeros.

SS. MM. volvieron á recorrer de nuevo los salones, siendo ya mas de las cuatro cuando la reina Isabel y su augusto esposo se retiraron á su palacio.

La Reina madre continuó honrando el baile hasta las cinco, en cuya hora, poco mas, terminó aquella fiesta verdaderamente régia en todo, y la mas concurrida que hemos presenciado.

MODAS.

El estenso artículo que antecede nos dispensa por hoy de ocuparnos de *Modas*. Después de la descripción de esta fiesta tan brillante como espléndida, sería necesariamente descolorido cuanto pudiéramos decir de trajes de casa, calle y paseo.

Para no defraudar completamente á nuestras lectoras, nos ocuparemos un poco de trajes de niños, con tanto mas motivo estando en el tiempo crítico en que las mamás, y sobre todo las abuelas, se ocupan para regalos de año nuevo en escoger algo de lindo y gracioso que satisfaga la naciente coquetería de la infancia. Nada mas vistoso en estos dias que los almacenes de la calle del Cármen, particularmente aquellos que ostentan para sus jóvenes parroquianos equipos de todas clases y hechuras: sobretodos de terciopelo ó de merino, bordados de trencilla de seda; capas redondas de paño de damas, color de perla, guarnecidas de terciopelo granate ó negro; vestidos de popelina, de gracioso corte; otros de muselina ó de chaconá

bordados, con lazos de cinta azul ó rosa; delantales de cinco ó mas volantes; sombreritos de tantas formas y tan bien adornados: todas las elegancias en fin de la niñez, y todo con la mayor perfeccion. Invitamos á las mamás á que no dejen de verlas; estamos seguros de que gozarán en ello, y probablemente caerán en tentacion.

Esplicacion del pliego de dibujos, núm. 13.

NUM. 1. *Abecedario* para bordar á realce y punto de armas. Con este elegante abecedario creemos satisfacer los deseos de muchas de nuestras apreciables suscriptoras, que nos tenian pedidas ricas cifras ó iniciales: en él pueden elegir las suyas, y añadiéndoles sus coronas ú otros adornos que les correspondan, llevarán en sus pañuelos lo de mas novedad y gusto que hay en este género.

NUM. 2. *Casco* para la cofia á lo María Estuardo, cuyo diseño dimos en el pliego de dibujos núm. 14.

NUM. 3. Mitad de la parte delantera de la misma, cuyo medio está señalado por unos puntitos, y lo indica el mismo dibujo. Para armarla, el pico que forma el centro de esta pieza debe corresponder al que tiene el casco. El bordado de esta cofia es al pasado, con molinetes, pero se puede simplificar suprimiendo el cordoncillo de las hojas ó el ojete que las termina, ó bien bordarlo todo á la inglesa. Las ventajas que tienen todos nuestros dibujos es, que están dispuestos de manera que pueda dárseles diferentes aplicaciones, sin perder nada de su elegancia.

NUM. 4. *Elisa*: bordado al pasado.

NUM. 5. *J. A. M.*: bordado al pasado y cordoncillo.